

7

MI VIAJE A CUBA EN 1850.—EL COLERA EN LA HABANA.—
—TRAFICO ENORME EN LA BAHIA.—PASEO DE QUI-
TRINES POR LAS CALLES DE O'REILLY Y OBISPO.—
EN TRINIDAD.—LA ZARZUELA GRANDE.—FORMA-
CION DE UN BATALLON DE VECINOS.—GUARDIAS Y
CENAS.—EL CAFE DE E CHARRIZ.

Terminé mis estudios comerciales en un colegio de Bilbao, donde estaba de interno y después de dar un paseo por las provincias vascongadas, fui á mi casa—Santander—á fines del año 1849.

El 8 de Marzo de 1850 salí para la Habana, en la fragata "Hermosa Bailén", que mandaba mi buen padre, teniendo á sus órdenes dos pilotos y un agregado, primos míos, un mayordomo italiano, un cocinero andaluz y la marinera, como yo, vascongada y ga llega. Traía á bordo mi piano y como venían á popa dos pasajeros que tocaban la flauta, dábamos conciertos todas las noches, que infaliblemente terminaban con un zortzico. Un viaje divertido y feliz. El 8 de Abril y bajo un temporal tremendo de agua y rayos, entramos en la Habana, remolcados por uno de los vapores de Regla.

Al día siguiente se declaró el cólera en la Habana. La bahía presentaba un aspecto muy agradable, con un tráfico enorme y animado; los barcos descargando en hilera por grandes planchas y al son del alegre canto de las cuadrillas de negros; en la bahía fondeados había gran número de buques esperando turno; los vapores de travesía más notables eran el "Ohío" y el "Morro Castle", de ruedas; los vapores de Regla, el uno se llamaba "Lor" y el otro "Dan".

Al atardecer había paseo de quitrines con lindas muchachas que subían por O'Reilly, salían por una puerta de Monserrate, y bajaban por la otra, por la calle de Obispo, hasta la plaza de Armas, donde se paraban para oír la retreta.

A la iglesia del Espíritu Santo iba á misa la artillería y á Santo Domingo la marina.

De la Habana, marché con mi padre á Trinidad, que á donde iba destinado, por Batabanó.

Al llegar á Casilda, nos obligaron á hacer cuarentena en la cual me divertí á mi gusto. El médico de Sanidad se llamaba Gallo y era italiano.

De Casilda fuimos á Trinidad en volante, parando en la casa de comercio de Zulueta y hermano, que me pareció un tahona, por la grandísima puerta que le servía de entrada.

Con los Zulueta, había un jefe inferior llamado Mintequiaga que era severísimo con los empleados y este señor me confió el bastón de mariscal, que consistía en encender y apagar el farol de aceite que había en el zaguán.

Con tres veces que dejé caer y romper el farol, se me relevó de la faena: (había once negros serviciales), gracias á estar bien recomendado, pues las señoras de los Zulueta, hicieron dos viajes á España con mi padre. Aporté, además, que en el colegio no me habían enseñado á manejar faroles.

En aquellas casas antiguas resultaba un semi crimen el que un dependiente supiera música, sin embargo, el tenedor de libros M. Lameyer y yo alquilamos dos pianos y dos bajareques, secretamente, como si cometiéramos una falta y allí, gracias á las lecciones de mis amigos Julián Jiménez y Coimbra, directores de dos or-

Trinidad

X

Segunda a Habana

PATRIMONIO DOCUMENTAL

2

questas, le cogí el golpe á las danzas, lo cual no logró jamás Lameyer y eso que me aventaja ba en lo clásico, y me hice el hom bre necesario, entre todas las fa milias donde habían muchachas bailadores.

Entretanto se había iniciado un movimiento insurreccional y nos echaron manos á todos los jó venes para hacer rondas, con al pargatas y una tercerola de las que usaba la artillería. Hasta las doce de la noche todo iba bien; pero á esa hora tenía lugar una opípara cena que duraba hasta el amanecer.

Fuese formalizando la cosa y entonces se formó el batallón de honrados vecinos que hacía el ejercicio á las dos de la tarde en la sabana. De ese ejercicio parti para la cama con el vómito el 27 de Agosto de 1850, cuya enferme dad me curó el eminente médico gallego don Ramón Torrado, pa dre de uno de los representantes de la Cámara cubana.

Por aquella época empezaba el furor de las zarzuelas grandes como "El dominó azul", "Jugar con fuego", "El duende", etc. ó chicas como "El camijitas", "La castañera", "Buenas noches se ñor don Simón", etc., etc.

Todas estas obras y algunas más se pusieron en escena en el bonito teatro Brunet, parecido, en pequeño, al de Tacón.

Formábamos varios jóvenes, una falange de gente alegre, que teníamos entrada en todas par tes; pero el empresario Iglesias, de la compañía de zarzuela, nos prohibió la entrada en el escena rio.

Irritados ante tal desacato, for mamos á nuestra vez una compa ñía de aficionados, bajo la direc ción del señor Benedeti músico mayor del batallón de Tarrago na y con un éxito asombroso co menzamos la obra con la repre sentación de "El caniyita".

Era el protagonista el joven Fedriani, andaluz, tenedor de li brets de la casa de Leonci y C.

Pepillo, el secretario del gobier no y Catana, su esposa.

El negro mandinga, el joven Aguilera, que luego fué adminis trador del ferrocarril de Bahía.

El municipal, Echárriz, dueño del café más famoso de Trinidad.

El Tío Joyín, era el dueño de la fundición que hizo ticho yunque s á tono. Noche hubo que se repi tió el coro de la fragua 10 veces.

El coro se componía, en su ma yor parte de catalanes, dueños de establecimientos.

Yo era el apuntador de músi ca, pero enfermó el barítono y tuve que hacer el papel de mis lón.

Después que se cerraban los es critorios, nos reuníamos en el ca fé de Echárriz, situado en las cuatro esquinas, tan famosas que cuando nos visitó el general Con cha lo primero que hizo fué pre guntar por ellas. Al general le di mos un baile, con dinero de nues tros principales, que hizo raya. El teatro Brunet donde tuvo lu gar la fiesta, estaba adornado es pléndida y artísticamente por el jefe de ingenieros militares don Jorge Falces.

José María de Arrarte.

Continuará.

X

